

Memorialistas & Viajeros

Victor Hugo: “Viaje a los Pirineos”

Bartolomé Leal, desde Santiago

De niño siempre me provocó miedo Victor Hugo (1802-1885), el venerado escritor, una especie de símbolo de la Francia republicana y democrática, fundada en la razón. La obra que me inició en su conocimiento fue *El jorobado de Notre-Dame* (1831), tenebroso novelón que me encantó, sin perjuicio de provocar en mí pesadillas recurrentes. *Los miserables* (1862), su monumental obra paradigmática, no agregó terrores, pero sus descripciones fuertes sobre la miseria urbana me quedaron reverberando en el inconsciente. De modo que un libro de viajes como el que comento lo asumí con cierta distancia, como quien se enfrenta a un semidiós impredecible.

Victor Hugo, viajero romántico, es legatario del gran impulso a la construcción de caminos que se promueve en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII, un efecto concreto de “las luces”. Esto fue felizmente coincidente con un creciente gusto por lo extranjero y más aún, por lo exótico, entre las elites europeas. Guías de viajes, túneles en las montañas, ferrocarriles, nuevos tipos de maletas, ropas y sacos de dormir, conocen desarrollos inéditos para responder a estas demandas del mercado. Las agencias de viaje prosperan y la producción de mapas mejora en cantidad y calidad, gracias al progreso de la imprenta. El turismo es la nueva industria del siglo XIX.

No ha llegado aún la época de los vehículos a combustión interna, sino que priman los carruajes y las diligencias. La red de trenes se halla en sus comienzos en Francia. El viajero debe optar, entonces, por algún tipo de vehículo a tracción animal, dependiendo de la época del año, de las dificultades de la ruta y de sus capacidades financieras. Los viajes se revelan llenos de azares. La probabilidad de accidentes se presume alta debido a la precariedad de los caminos y los viajeros deben hacerse la idea de que llegarán a destino cansados, molidos y empolvados.

Nuestro autor emprende el viaje en diligencia a los Pirineos, la zona montañosa que divide a Francia de España, durante el verano de 1843. Para él tiene un carácter de rito personal, ya que ha pasado parte de su niñez en Madrid, donde su padre había sido oficial napoleónico. Pretende que viaja solo, pero lo acompaña su amante del momento, Juliette Drouet (como en otros periplos anteriores). Nada de eso le impide escribir tiernas cartas a su esposa. Stendhal es por entonces el gran modelo del escritor viajero, que se prodiga en textos destinados a compartir emociones y descubrimientos con sus lectores. Hugo, todo lo contrario, escribe más bien para sí mismo. No ahorra comentarios llenos de sarcasmo contra las instituciones de su país, a ratos prescindiendo de argumentos aunque siempre henchido de pasión, sobre todo cuando ve descuido frente al patrimonio arquitectónico.

Victor Hugo dedica algunos de sus mejores párrafos al análisis de los caminos, los vehículos, los pasajeros y el paisaje, mientras ocupa su lugar en la parte superior de una diligencia, llamada “imperial”, donde se ubican “por encima de todos, los soñadores, los

artistas, la gente desclasada”, mientras en el interior, dividido en tres partes, se ubican nobles, burgueses y pueblo. ¡Toda una metáfora de la sociedad francesa!

Hugo aparece siempre como un viajero apresurado, preocupado de otra cosa, que despacha en minutos un monumento, una basílica, una pintura. A ratos suena superficial, desinteresado. Sus reflexiones no aportan erudición al tema tratado. Aunque nunca pierde el entusiasmo. Hay algo que le preocupa de veras: las piedras. Los testimonios de la historia y la cultura francesas, incluidos los remanentes de la prehistoria y de la Galia romana. Actúa casi como un arqueólogo, aunque intuitivamente, buscando señales. Apenas descifra, sólo identifica. Todo lo personaliza, y ataca con violencia verbal donde redescubro al escritor temible que había leído antes. Opiniones contundentes, de esas que si uno no las comparte, mejor se busque un refugio.

“Nada más funesto y menoscabante que el gusto por las demoliciones. Quien demuele su casa, demuele su familia; quien demuele su ciudad, demuele su patria; quien destruye su hogar, destruye su nombre. Es el viejo honor el que existe en estas viejas piedras”. Respecto a la ciudad de Bordeaux, que lo decepciona, escribe: “Augusto os erigió el templo de Tutelle; vosotros lo habéis echado abajo. Gallien os edificó el anfiteatro; vosotros lo habéis desmantelado. Clovis os dio el palacio de la Ombrière; vosotros lo habéis arruinado. Los duques de Aquitania os hicieron un cinturón de torres; vosotros lo habéis derribado. Los reyes de Inglaterra os construyeron una gran muralla, desde el foro de los Tintoreros al foro de los Salineros; vosotros la habéis arrancado del suelo. Carlos V os construyó el Chateau-Trompette; vosotros lo habéis demolido. Vosotros desgarráis una tras otra las páginas de vuestro viejo libro, para no conservar más que la última”.

España lo entusiasma y lo conmueve, aunque no ahorra críticas a sus miserias. El retorno es alegre. Pero un viaje puede terminar en tragedia, en formas que el misterioso destino por lo general no anuncia. Es casi al final del trayecto, de vuelta de España y en ruta a París, que Victor Hugo se entera, leyendo un periódico en un café, que su hija Leopoldine ha muerto en un terrible accidente. La fatalidad demuele al escritor, que nunca volverá a ser como antes y su obra y su vida se replantearán drásticamente.

El diario de este dramático viaje a los Pirineos se publicará en forma póstuma, junto con la correspondencia y poemas escritos en ruta. Valga agregar que su humor es cáustico y a menudo brillante. Nos regala con agudísimas paradojas en cada página y un amor a las palabras que hacen de Victor Hugo un personaje tan fundamental en las letras francesas.

